

la que vino después. No mucha gente sabe que también compartíamos, con Eduardo Tijeras al frente, la gratitud por la música hispanoamericana de origen popular, desde los corridos de la Revolución mexicana hasta las cuecas chilenas, pasando por los huaynos del Perú, las zambas, las chacareras, las vidalitas y las vidalas argentinas y, sobre todo, por esa joya marginal y mundial que es el tango, desde las obras de la Vieja Guardia y las del planeta Gardel, hasta el genio de Astor Piazzolla, pasando por la guitarra superior de Grela y el bandoneón melancólico de Anibal Troilo, el Gordo Pichuco, el que no quiso recibir a un coronel argentino porque el desprevenido militar no llevaba pichicata, es decir, cocaína. ¡Con qué congoja desbaratada por la la dicha escuchábamos la voz viril, cavernosa y enlagrimada de Edmundo Rivero, y las versiones impetuosas y desconsoladas, siempre a compás, de Goyeneche!

Y de pronto, señoras y señores, llegó Eduardo Falú. Ese hombre estaba endemoniado; cantaba zambas, milongas, chacareras (casi siempre con letras de Jaime Dávalos o del Chivo Castilla) con una voz rotunda, edípica, que parecía salida del fondo de la tinaja del viejo vino noble destinado a la comunión de los santos; pero el milagro no era sólo esa voz: el milagro era que Falú se acompañaba a la guitarra con una emoción insaciable y un sonido caliente y húmedo a la vez, que atravesaba a la lujuria y se instalaba en la concupiscencia; y por si esto fuera poco, una técnica, ya lo dije, diabólica. Pero ¿cómo es posible cantar con esa exactitud y esa emoción y, al mismo tiempo, acompañarse con ligados, arpeggios, trémolos, acordes, escalas, armónicos... de una dificultad excepcional? ¿Es que ese bicho tenía dos cerebros, o qué?

Una noche, en Madrid, en la casa del agregado cultural de la Embajada argentina (recuerdo que había mucha gente muy bien vestida, y señoras muy bellas y con joyas, y una mesa con una cantidad de comidas variadas que habrían soliviantado la saliva de Pantagruel Primero de Francia), Fernando le cantó como tres cuartos de hora al maestro Falú. Recuerdo cómo Falú, vestido de etiqueta, resollaba cada vez que se lo demandaba la catástrofe de un tercio por seguiriya, o un abismo por soleá, o el escalofrío de una letra flamenca. Recuerdo cómo el maestro Falú se quitó el lazo y la chaqueta del frac cuando Fernando le echó encima un

cante con la estructura melódica de la soleá de Merced La Serreta. Recuerdo que la copla no sólo conmocionó, sino que casi asustó al maestro. Algo debe de saber Falú sobre ese infierno al que llamamos celos: «La noche del aguacero / dime dónde te metiste / que no te mojaste el pelo». ¡Toma ya, veinticuatro sílabas, y todos los demonios de la caldera de los celos, agarrados por los testículos! Falú se desabrochó dos botones de la camisa, miró a Fernando con una admiración disputada por el desvalimiento y movió la cabeza resoplando, que, como no pudo hablar, fue su manera de decir: «¡La madre que parió a Andalucía!».

¡Qué noche! Y ¡qué cena, señoras y señores! ¡Doscientas o trescientas mil variaciones de canapés! Y un Fernando conmovedor que llenó de canapés de salmón, de gambas, de tortilla, de caviar, ¡he dicho caviar!, de alimentos indescifrables pero igualmente portentosos, de dulces redondos y cuadrados, tres enormes servilletas; Fernando poniendo sobre las servilletas canapés populares y burgueses y aristocráticos, con una pulcritud palaciega y una abundancia incandescente; Fernando simulando que nadie lo veía, y las señoras enojadas mirándolo con los ojos redondos como los duros amadeos, y Fernando cerrando las servilletas con dos nudos primorosos y diciéndome al oído, muy clandestino y cartesiano: «Saca la guitarra y déjame el estuche, que es que la pobre Nadia, como tiene un catarro, no ha podido venir y fíjate todo lo que sobra, qué despilfarro, pobre Nana»; y las señoras y hasta algunos señores casi maleducados y casi impertinentes mirando a mi hermano Fernando con una hostilidad exquisita, que parecía que estaban a punto de llamar a la Guardia Civil, de modo que miré a los perplejos más cercanos y les dije «Qué pasa, ¿es que vuestra mujer nunca tiene un catarro?», y de pronto el agregado cultural, Jorge Wehils, llega con una enorme fuente de canapés heterogéneos, la envuelve en un metro cuadrado de papel primoroso, la deposita en el estuche de mi guitarra y le dice a Fernando: «Para Nana, de mi parte», y Fernando con voz muy baja e íntima que dice Viva la República Argentina, pues eso, Jorge, donde quiera que estés, aquí nos tienes a los españoles, para lo que gustes mandar... y Falú que ha sacado su guitarra, que afina, que canta con su vozarrón estremecido, bebe vino, canta, canta con un siglo y un segundo en cada nota de su canto, y toca la gui-

tara como si la mismísima Santa Cecilia le hubiese encomendado venir a hacernos levitar, y cuando ya quien más quien menos se ha limpiado una lágrima, Falú guarda su guitarra en su estuche y empieza a contar chistes verdes, y las señoras enjoradas, primero se ríen de medio lado, pero poco después se ríen de un modo absolutamente ordinario, totalmente admirable, y Paquita se agarra la barriga porque no para de reír, y en un descuido de Falú empieza a contar chistes verdes Manuel Castilla, el Chivo Castilla, con su acento salteño, y cuando ya únicamente la fiera cortesía nos impide revolcarnos por el suelo, felices como gorrinos en un charco, el Chivo Castilla, aunque poeta popular, pide silencio, lo consigue, y entonces nos recita un soneto salido de su numen, atiendan que el asunto es serio, así decía aquel poema que forma parte de la casa en donde habita mi amor por una tierra hermosa que llamamos Hispanoamérica:

### *La casa*

*Ese que va por esa casa muerta  
y que en la noche, por la galería,  
recuerda aquella tarde en que llovía,  
mientras empuja la pesada puerta;*

*ése que ve por la ventana abierta  
llegar en gris, como hace mucho, el día,  
y que no ve que su melancolía  
hace la casa mucho más desierta;*

*ése que, amanecido con el vino,  
se arrima alucinado al mandarino  
y con su corazón lo va tanteando;*

*ése ya no es, aunque parezca cierto;  
es un Manuel Castilla que se ha muerto  
y en esta casa está resucitando.*

¡La casa! Mientras el puñado de tierra hispanoamericana nos aguardaba en el futuro, Paca y yo vivíamos muchas horas en la casa

de Fernando y Nadia. Primero fue la casa de Peñagrande, después la casa de María Auxiliadora. Primero fueron tardes de música y de meriendas todopoderosas, luego fueron tardes de música y de meriendas anémicas: una sardinita en aceite, tres aceitunas, una rodaja de tomate, un espárrago blanco, un suspiro de pan y una decoración de perejil en el borde del blanquísimo plato... Fue por entonces lo de la Embajada argentina; es verdad que Nadia estaba acatarrada aquella noche, pero, además, en la casa de Quiñones es que estaban caninos a causa de que Fernando fue siempre un escritor de raza. Lo que sigue ya todos lo sabéis, pero os lo voy a referir de nuevo, porque lo haré con mucha admiración. Fernando trabajaba en la sucursal española de *Selecciones del Reader Digest*, aquella revista mensual y norteamericana que aconsejaba a medio mundo y en veinte o treinta idiomas la conveniencia de no desconocer los beneficios de la voluntad, la perfección de la vida cotidiana de USA, siempre aherrojada a la felicidad sin distinción de clases sociales, los chascarrillos inofensivos (que la ironía puede dañar el páncreas), *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha* genialmente resumido en diecisiete páginas, para que nuestros lectores puedan disfrutar, sin los inconvenientes de la fatiga, de una cumbre de la literatura universal... Un inciso: Fernando me dio un día el índice de un volumen de *Selecciones*... que habían urdido su guasa gaditana y la parte traviesa de su estro; la obra cumbre de la literatura universal había quedado reducida, para el bien del lector muy ocupado, en cinco portentosas líneas: «Son cuatro hermanos. Uno es un vivalavirgen. Otro es un santo. Otro un racionalista. El cuarto es epiléptico. El padre muere asesinado. Acusan al vivalavirgen, pero el asesino resulta ser el enfermo, quien, después de cometer parricidio, se ahorca, y cuando su cadáver aún cuelga de la soga, pasa por allí el racionalista y le arrea un puñetazo en los morros: ¡*Los hermanos Karamazov!* ¡Por Fiodor Dostoiewsky!». Para la sección «Mi personaje inolvidable» Fernando había anotado dos temas: «Yo fui guardaespaldas de Mahoma» y «La ternura de Gengis Khan». Otros asuntos llevaban por título «Los adorables bastoncillos del cólera», «Sea feliz con su paraplejia», «Cómo dominar la batería cumplidos los noventa años», «Mi perro sabe recitar a Walt Whitman, sin partitura» y «Dos realidades insoporables: la segregación y los negros». Cierro el inciso.